

á nuevo poder y á nuevo honor, contemplaba á su soberano que en pocos años y sin luchar habia llegado á acercarse tanto al ideal de la soberanía universal del imperio que podia repetir y aun sobrepujar los mas admirables triunfos de los Otones. Inolvidable fué para los contemporáneos y para los que á éstos sucedieron la magnífica fiesta de Pentecostés del año 1184, en cuyo día el emperador Federico llegó á la llanura del Rin, estableciendo un lujoso campamento cerca de Maguncia, viéndose rodeado de príncipes laicos y eclesiásticos y saludado con aclamaciones de júbilo por la gran masa de caballeros y por millares de personas del pueblo, que acudían para presenciar las brillantes ceremonias de declarar mayores de edad y armar caballeros á los dos hijos mayores del emperador, el rey Enrique VI y Federico, que habia recibido el condado de Suabia. Casi nunca se habia manifestado de un modo tan imponente como entonces la union, la fuerza, el esplendor del imperio, de su soberano, de sus príncipes y de su pueblo. Con cierta mezcla de amor y de veneración todos los ojos y todos los corazones se dirigían hácia el soberano que habia producido aquel cambio y que tan alto habia puesto el imperio poco há desunido y esclavizado.

Algunos meses despues, en octubre de 1184, cuando el emperador se disponía á marchar á Italia para celebrar la entrevista convenida con Lucio III, firmóse en Augsburgo el tratado en virtud del cual Enrique, desde entonces asociado al trono, y aunque jóven, no menos inteligente que su padre, se desposó con Constanza de Sicilia, hija del rey Roger II y tía y heredera del rey Guillermo II, que no tenia hijos, adquiriendo de esta suerte una expectativa al reino de Sicilia. Este era sin duda el triunfo mas importante que habia conseguido la política imperial: pocos años antes, los normandos eran los principales enemigos del emperador en Italia y los mas celosos aliados de la curia y de los lombardos, y á la sazón las dos dinastías enemigas antes venían á confundirse y un Staufen era quien debia sentarse en el trono del palacio real de Palermo, donde hasta entonces habia residido el odio mas enconado contra Alemania. Todo el sistema político de que habia dependido el desenvolvimiento del Sur quedaba completamente transformado y sometido á nuevas condiciones. La dinastía Staufen, en alianza con las ciudades lombardas reconciliadas y serviciales, dueño de hecho de los bienes de la condesa Matilde, y en posesion de la corona de la Baja Italia y de Sicilia, habia echado un puente y sólidos cimientos para la creacion de una soberanía universal: desde Sicilia (principal pilar del puente que conducía á los países de Oriente y por el cual pasaban como una emigracion de pueblos, los peregrinos, aventureros, comerciantes y marinos que se encaminaban al país de las Cruzadas), tenían los Staufen abierto el camino hácia el Este, con lo cual adquirían la posibilidad y el derecho de lograr una posicion preponderante respecto del Oriente, así del bizantino como del mahometano. En efecto, con la corona de Sicilia se hicieron cargo los Staufen de la política de los que hasta entonces la habian ceñido, política que habia iniciado Roberto Guiscardo al atacar las islas Jónicas y las costas ilíricas. La corona de Sicilia, puesta en la cabeza del jóven Staufen, era un peligro para el imperio bizantino, pero mas directamente afectaba al pontificado romano. ¿Cómo podia conservar su independencia el pontificado, —cuya seguridad estaba en la lucha entre normandos y alemanes, que habia buscado apoyo ora en unos ora en otros y que se habia servido de ellos haciéndoles luchar entre sí, —enfrente del colosal poder de que á la sazón disponía el Staufen, heredero y afortunado restaurador de la política sálica?

Federico y Lucio III se avistaron, en noviembre de 1184,

en Verona. Respecto de algunas cuestiones de escasa importancia, pronto se llegó á establecer acuerdo, pues el emperador quiso mostrarse en ellas generoso con el papa para poder lograr lo que para él era de verdadera trascendencia. Atendiendo á las repetidas súplicas de Enrique II de Inglaterra y á las instancias de Lucio III, permitióse á Enrique el Leon volver á Alemania. Convínose tambien en una accion comun contra la herejía, que hacia constantes progresos, y se discutió la cuestion de una cruzada. El papa, sin embargo, no quiso conceder lo que á cambio de esto se le pedia y negó el perdon que Federico habia solicitado para los obispos cismáticos de Italia. El arbitraje respecto de los bienes de la condesa Matilde tampoco se llevó á cabo, y el pontífice rechazó especialmente la pretension mas importante de Federico: la de que en vida suya fuera coronado Enrique VI emperador romano. Es digna de notarse la circunstancia de que Federico manifestara este deseo precisamente cuando por los desposorios de su hijo con la heredera del trono de Sicilia acababa de conseguir un triunfo que constituía un peligro serio para la curia y cuando esta, por lo mismo, se encontraba aislada y sin medios de oponerle una eficaz resistencia.

Con esto se descubria claramente el objeto final á que tendía la política imperial de Federico, el cual, como ya lo habia hecho cuando el cisma entre Alejandro III y Víctor IV, persistía de nuevo con toda intencion en la idea de un imperio universal, idea que habian acariciado tambien Constantino, Teodosio y Justiniano, de quienes se consideraba legítimo sucesor. En apoyo de su pretension citaba los ejemplos de Carlomagno, de Ludovico Pio y de Oton el Grande, que en vida habian visto coronados á sus hijos coemperadores, y decia que así como á principios del siglo IX y en el siglo X la Iglesia no habia tenido reparo alguno en hacerlo y antes al contrario se habia prestado voluntariamente á ello por convenir así á sus intereses, de la misma manera creía encontrar á Lucio III, en otro tiempo tan afecto á él y tan inclinado á la paz, dispuesto á complacerle. Parece tambien que en un principio, es decir, cuando se discutió previamente su proyecto, se le dieron buenas esperanzas; pero habiendo sufrido entretanto con el casamiento de Enrique tan grave modificacion la situacion general en sentido desfavorable á la curia, Lucio III hubo de temer que la coronacion de co-emperador hecha en favor de Enrique, cuyas sienes habian de ceñir las coronas alemana, borgoñona, italiana y siciliana, podia facilitar la constitucion de una soberanía universal hereditaria de los Staufen, enfrente de la cual no le quedaria á la Iglesia mas remedio que callar y obedecer.

El grande antagonismo que existía en esta cuestion esencialísima dió gran importancia á las dificultades que surgieron, por otro lado, entre el papa y el emperador. En el arzobispado de Tréveris habíase hecho una eleccion dudosa: enfrente del canónigo Rodolfo de Wied, elegido por los partidarios del emperador, opuso el partido jerárquico al ambicioso é intrigante arcediano Folmar. La antigua contienda sobre la significacion del concordato de Worms volvió á resucitar desde el momento en que la curia abrazó decididamente el partido de Folmar, á lo cual habia que añadir el antagonismo creciente entre Federico y Felipe de Colonia, cuya arrogancia cuando el espaldarazo de Maguncia habia sido causa de una mezquina cuestion de etiqueta y que se puso desde luego al frente de la oposicion contra el emperador, decidido á aliarse con los enemigos que en el extranjero tenia el imperio y sobre todo á lanzar de nuevo á los Welfos al campo contra los Staufen. El emperador tuvo que aprestarse para una enérgica defensa, pero en muy dis-

tintas condiciones, pues que á la sazón vivía en amistad con los lombardos.

Las negociaciones quedaron totalmente suspendidas: Federico firmó en febrero de 1185 una alianza ofensiva y defensiva con su antigua enemiga mortal, Milan, mientras Cremona, que veía amenazada su preponderancia, se unía mas estrechamente á la curia. El emperador, por otro lado, mantenía relaciones con la ciudad de Roma. A pesar de esto, procuró evitar toda hostilidad manifiesta, y cuando su jóven y fogoso hijo comenzó á pasar á sangre y fuego el territorio pontificio, le contuvo con energía, porque creía que Lucio III, cediendo á la presion de las circunstancias, acabaria por consentir en coronar emperador á Enrique.

Esta esperanza se desvaneció por completo con la muerte del papa, acaecida en 25 de noviembre de 1185, pues al bondadoso y pacífico Lucio III sucedió Ubaldo de Milan, que tomó el nombre de Urbano III, hombre belicoso y apasionado, que queria por todos los medios ver reconocidos los principios fundamentales jerárquicos. El nuevo papa, que contrariando toda tradicion conservó el arzobispado de Milan, mostró desde luego agresivo con el emperador, comenzando por disputarle el derecho de percibir para el imperio las rentas de las sedes episcopales vacantes y de apoderarse, á la muerte de un obispo, de su herencia, como si fueran bienes mostrencos. Una y otra cosa, el derecho de regalías y el de espolios, eran controvertibles, porque los principios feudales que el imperio queria hacer valer en estos casos eran contrarios á las disposiciones del derecho canónico, únicas que consideraba válidas la Iglesia. En ambas cuestiones, sin embargo, Federico habia conseguido hacer prevalecer de hecho su teoría en virtud de la práctica constantemente seguida.

Con esto se desvaneció en Federico toda esperanza de ver á su hijo coronado en Roma emperador, pero todavía entonces, por medio de un golpe de habilidad, logró destruir los efectos de la negativa del papa. En efecto, cuando á fines de enero de 1186, por invitacion especial de los milaneses, celebró en Milan las bodas de Enrique con la heredera del reino normando, hizo que, al propio tiempo, se llevara á cabo una triple coronacion que tenia la misma importancia que hubiera tenido la coronacion imperial de Enrique. Mientras Federico era coronado rey de Borgoña por el arzobispo de Vienne, y mientras Constanza de Sicilia era coronada reina de Alemania, Enrique recibió de manos del patriarca de Aquileya la corona imperial romana, usando desde aquel día el título de César, es decir, co-emperador. De esta suerte consiguió Federico indirectamente lo que se habia negado á concederle la curia, lo cual explica el apasionamiento cada vez mayor con que el papa se lanzó entonces á la lucha contra él, excitando públicamente á los lombardos á que se rebelaran y firmando una alianza ofensiva con Cremona. Pero el verdadero acto de provocacion se realizó cuando el pontífice, faltando á sus anteriores promesas, consagró arzobispo de Tréveris á Folmar, el elegido por el partido hostil al emperador, rompiendo así de un modo injurioso para Federico las negociaciones que todavía sobre este asunto se seguían. La lucha estalló, pues, de nuevo, y mientras el emperador se ponía en marcha contra Cremona, Enrique invadió los Estados de la Iglesia y conquistó una buena parte de ellos.

Urbano III procuró sobre todo que el episcopado alemán se enemistara con el emperador, para lo cual contaba fundamentalmente con Felipe de Colonia. Felipe, enemistado con Federico y con Enrique desde los sucesos de Maguncia, habia tomado á pechos la cuestion del derecho de regalías y de espolios, convirtiéndose en corifeo de los que, en inteligencia con Urbano III, se lamentaban de la desmedida, injusta,

é indecorosa opresion que sobre la Iglesia alemana ejercía el emperador. La agitacion no tuvo éxito alguno, pues á excepcion de Folmar de Tréveris y de Beltran de Metz, no parece que ninguno de los obispos alemanes se pusiera al lado del arzobispo de Colonia y de Urbano III. Pero aun cuando de aquellos dos prelados el último hizo muy pronto las paces con el emperador y el primero, por el apasionamiento y por la manera poco eclesiástica con que quiso disputar su derecho á Rodolfo de Wied (al cual permanecían leales los de Tréveris, á pesar de la excomunion y el entredicho), llegó á hacerse repugnante aun á los ojos de los que mas fanáticas ideas religiosas profesaban, todavía las combinaciones políticas de la época y el temor que inspiraban los vastos planes de soberanía del emperador dieron á la política pontificia ocasiones bastantes para poner en grave aprieto al imperio en el momento en que se encontraba en la plenitud de su triunfo.

Es un hecho característico para esta notable situacion que mientras las intrigas de los agentes pontificios y del arzobispo de Colonia encontraban gran eco entre los príncipes laicos, el episcopado alemán, que en tiempo de Lotario y de Conrado se habia sometido espontáneamente á la curia, se mostrara entonces con valerosa independencia adalid de los intereses nacionales y defensor del honor y de los derechos de la monarquía alemana. En la gran alianza que bajo la direccion suprema del papa se formó contra la soberanía de los Staufen entraron no solo Enrique el Leon, que pensaba conseguir por medio de la lucha una restauracion completa ó parcial de su antiguo poder, sino tambien Adolfo III de Schauenburgo y el conde de Holstein, que se habia enemistado con el duque Bernardo. Tambien entró en ella el landgrave Luis de Turingia, emparentado con el emperador, mientras en el Norte se adhería á la liga Canuto VI de Dinamarca y en el Este Felipe II de Francia. En cambio encontramos á la Iglesia alemana casi unánimemente al lado del emperador. Cuando este, en noviembre de 1186, refirió ante la dieta de Gelnhausen, con frase enérgica, las vejaciones y las exigencias con que Urbano III habia respondido á sus nobles esfuerzos en pro de la paz, Conrado de Maguncia pronunció un notable discurso poniéndose al lado de la causa imperialista, que tambien abrazaron con sus acuerdos los obispos presentes, declarando que si bien debían obediencia al papa, por ser su jefe espiritual, no por eso dejaban de deberla al emperador, señor temporal que Dios les habia impuesto, á quien habian prometido vasallaje y de quien habian recibido derechos y bienes, por todo lo cual estaban obligados á ayudarlo lealmente á defender lo que de derecho le correspondía. Para cumplir este doble deber, los obispos dirigieron á Urbano III un memorial colectivo que todos firmaron y sellaron, y en el cual aconsejaban al papa, con palabras respetuosas pero enérgicas, que firmara la paz con el emperador y accediera á sus justas pretensiones. De modo que los obispos alemanes fueron entonces los representantes de la idea nacional y cumplieron de un modo glorioso el deber que su posicion les imponía. La dieta de Gelnhausen y esta declaracion de los obispos alemanes á Urbano III marcan el mayor grado del desenvolvimiento nacional de la Iglesia alemana de la Edad media. Ante tal actitud debían estrellarse todos los ataques de Roma.

La gran alianza por medio de la cual habia pensado Urbano III destruir el poder del imperio de los Staufen se deshizo sin haber realizado ni uno solo de los fines que se proponía. La circunstancia de haber entrado en ella Enrique II de Inglaterra, llevado de su deseo de restaurar la monarquía welfa, hizo imposible el ingreso del rey de Francia, antiguo adversario del monarca inglés; Felipe II volvió á su

alianza con el emperador, que era la que mas se armonizaba con sus intereses, y pidió su auxilio cuando se vió atacado por Enrique II á consecuencia de una contienda hereditaria surgida respecto de Namur; pero el aliado del inglés, Felipe de Colonia, impidió al emperador realizar su proyecto de presentarse contra él con su ejército á orillas del Mosela. La indulgencia de Federico llegó entonces á su término, y dirigió un procedimiento formal contra el rebelde arzobispo, que era indudablemente respecto del emperador mas culpable que en su tiempo lo había sido Enrique el Leon. Felipe desatendió la intimación del emperador, pero sus aliados se espantaron ante las consecuencias que podía tener su conducta y se apresuraron á hacer las paces con el emperador. El arzobispo, abandonado por Inglaterra, por el rey de Dinamarca y por el landgrave de Turingia, se encontró muy pronto en una situación comprometida: su único apoyo era Urbano III, pero este también se veía por todos lados amenazado. En efecto, en Italia Enrique VI, no contenido ya por su padre, avanzaba triunfalmente, y el colegio de cardenales cada día se mostraba mas inclinado á la paz, único medio de evitar los desastres que amenazaban á la Iglesia. Urbano III, sin embargo, se negaba rotundamente á ceder y estaba, por el contrario, decidido á dar el último paso de hostilidad contra Federico y á lanzar contra él la excomunión cuando, afortunadamente para la Iglesia, que con tal política se hubiera visto envuelta en una serie de incalculables complicaciones, sorprendió la muerte en Ferrara, en 20 de octubre de 1187. Entonces desaparecieron inmediatamente todas las dificultades, pues fué elevado al solio pontificio, con el nombre de Gregorio VIII, el adalid del partido de la paz, el cardenal canciller Alberto, hombre bondadoso y conciliador de quien nada podía ya esperar Felipe de Colonia.

En tales circunstancias, llegó de allende los mares la terrible noticia de los rudos golpes que habían echado por el suelo la dominación cristiana en los Santos Lugares, tales como la victoria de Saladino en Hittin, la toma de Jerusalén y la pérdida de las ricas ciudades de la costa, especialmente de San Juan de Acre, que era tenida por inexpugnable. Entonces se hizo á todo el Occidente un llamamiento para acudir á salvar las posesiones comunes de la cristiandad que tan seriamente amenazadas se veían: la Iglesia tuvo que ocuparse principalmente en predicar una nueva y gran cruzada, tarea á que se dedicó con entusiasmo Gregorio VIII. Su sucesor Clemente III siguió el mismo camino.

Por primera vez entró entonces Alemania en este movimiento, adhiriéndose á él con alegría y entusiasmo cada vez mayores. Todas las disputas fueron relegadas al olvido, y desapareció toda discordia, para que nadie se viera imposibilitado de tomar parte en la liberación del Santo Sepulcro. Poseídos de tales ideas reuniéronse á fines de 1188 en Maguncia los príncipes alemanes con el emperador. También compareció Felipe de Colonia, el cual, por mediación del cardenal legado Enrique de Albano, que había ido á Alemania en interés de la cruzada, hizo las paces con el emperador, á condición de que declarara bajo juramento que al desobedecer las intimaciones imperiales no había tenido intención de ofender el honor ni la consideración de su soberano. Federico se cruzó para ejercer, como general en jefe de la cristiandad, su cargo imperial en el mas ideal de los sentidos, según la opinión de aquella época. La curia romana no podía poner impedimento alguno al cruzado, antes al contrario por interés propio debía hacer todo cuanto pudiese para favorecer aquella gran empresa. De esta suerte, Federico consiguió una victoria completa en las cuestiones que todavía estaban pendientes entre él y el pontifi-

cado. Clemente III intimó á Folmar que se presentara en Roma para disculparse, y el emperador, dados los sentimientos del papa, pudo esperar un arreglo equitativo en aquel asunto para él tan depresivo. El pontífice dió una garantía de sus disposiciones pacíficas y de sus deseos de favorecer los intereses de los Staufen cuando invitó á Enrique VI á que fuera cuanto antes á Roma á recibir la corona imperial, acto que debía dar inmediatamente origen al imperio alemán hereditario y proporcionar á Federico el logro del último y supremo fin de su política.

El emperador puso, entonces, en órden los asuntos del imperio y de su casa para mientras durase la cruzada. Enrique el Leon fué nuevamente desterrado porque no solo se negó á tomar parte en la expedición á Oriente que organizaba el emperador, sino que no quiso renunciar á una completa restauración, á cambio de lo cual se le hubiera repuesto en parte en sus dominios. Evidentemente quería aprovecharse de la ausencia del emperador para promover una sublevación, y esto era lo que con especial cuidado estaba encargado de evitar Enrique VI, á quien el emperador confió la regencia del imperio. El hijo segundo de este, Federico, recibió además del ducado de Suabia los bienes por aquel adquiridos del conde de Pfullendorf; Conrado, el presunto heredero de Welfo VI, obtuvo los dominios de Federico de Rotenburgo, que había fallecido en 1187, y á Oton se le concedió la Borgoña; Felipe menor del emperador, había abrazado la carrera eclesiástica y era preboste de la catedral de Aquisgrán.

En 11 de mayo de 1189 emprendió Federico su marcha á Oriente. Sabido es que no consiguió el fin que se propuso; en efecto, después de haber dejado sentir el peso de sus armas sobre los desleales griegos y de haber logrado imperecedera fama en su lucha contra los infieles, murió en 10 de junio de 1190 al atravesar las montañas de Sicilia ahogado en la corriente del Saleph: su muerte fué profundamente sentida por el ejército, que se encontró sin jefe, y muy llorada por la nación alemana, que honraba en él al glorioso restaurador de su pérdida magnificencia. Federico murió siendo la admiración del mundo, ante cuyos ojos había puesto de manifiesto como realidad viva el ideal de una soberanía universal.

El reinado de Federico no solo marca el apogeo del imperio durante la Edad media sino que con él coincide también el grado mas alto del desenvolvimiento nacional de Alemania en aquella época. Los elementos nacionales, que antes tan á menudo estaban en pugna con los universales, llegaron á la sazón á un equilibrio hasta entonces no conseguido, y las fuerzas que constituían, en vez de disgregarse se unieron en una acción común, lo cual ciertamente no se hubiera podido conseguir á no haber ocurrido un cambio notable en el interior. El reinado de Federico I significa un renacimiento decisivo del imperio, pues Alemania comenzó á ser una liga de príncipes. Al conceder este emperador á las diversas partes de sus dominios la independencia que necesitaban para atender por sí propias á sus respectivos intereses, consiguió libertad de acción para el imperio, de modo que recuperaba como emperador lo que como rey concedía.

CAPITULO V

EL EMPERADOR ENRIQUE VI

(1190-1197)

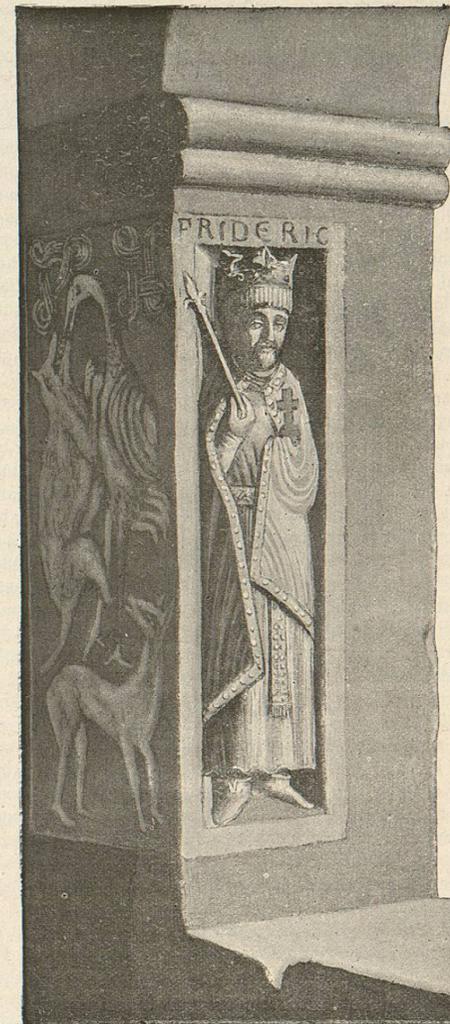
Quando en mayo de 1189 salió de Alemania el emperador Federico, pudo dejar el gobierno del imperio en las expertas manos de su primogénito, que desde muy joven había

sido instruido y educado para la alta misión que le estaba reservada y que desde la Pentecostés de Maguncia y la coronación de Milan venía siendo primero auxiliar y luego colega de su padre. Dotado del mismo talento y de la misma energía que este, superior á él en profundidad de pensamientos políticos y en audacia de proyectos, tan buen guerrero como excelente hombre de Estado, convencido de la importancia de su misión y decidido á hacer que todos reconocieran sus derechos, fué digno heredero de la política imperial de los Staufen, que con paso seguro marchaba hácia la soberanía universal. En la realización de esta política ayudaron al joven emperador, á la sazón de edad de veinticuatro años, los que durante mucho tiempo habían sido excelentes auxiliares de su padre, especialmente Wichmann de Magdeburgo y Conrado de Maguncia, que lograron dominar el ardor y los ímpetus de sus juveniles años. Sus dotes de gobierno fueron puestas á dura prueba mucho antes de lo que se esperaba, pues mientras el pensamiento de Enrique VI estaba fijo en la coronación imperial que le había sido prometida y cuando la inminente vacante del trono de Sicilia le marcaba para un porvenir no lejano una tarea tan grandiosa y brillante como difícil, surgieron en el Norte de Alemania algunas complicaciones que pusieron en grave peligro la soberanía efectiva de los Staufen. El poder welfo quería tomar venganza de la destrucción de que había sido víctima. El débil duque Bernardo de Sajonia se encontraba destituido de todo auxilio en medio del desórden que le rodeaba: los daneses, aprovechando la ausencia del valeroso Adolfo III de Schauenburgo, que se encontraba en las cruzadas, hicieron algunas devastadoras incursiones, y el ambicioso arzobispo Hartwich de Bremen se aprovechó también de aquella ocasión para tramar peligrosas intrigas, en inteligencia secreta con Enrique el Leon y con el conde de este, Ricardo Corazón de Leon, rey de Inglaterra, el principal enemigo del poderío de los Staufen, el cual en su inquieta ambición y en su afán de aventuras quería abrirse paso para llegar hasta el trono de Sicilia. Protegido por este apoyo, salió el welfo de su destierro, quebrantando así su juramento; los muchos adversarios del nuevo órden de cosas en Sajonia se unieron gozosos á él, y en favor suyo empuñaron también las armas los holsteinenses y los stormanes. Lubeck abrió sus puertas al fundador de su libertad y de su esplendor. La antigua rival de la ciudad del Trave, Bardewieck, fué destruida en castigo del ultraje inferido en otro tiempo al duque que se dirigía al destierro. Únicamente la fuerte Segeberg pudo resistir estos ataques, mientras Adolfo, conde de Holstein, que se encontraba en la cruzada, se apresuraba, al tener noticia de estos sucesos, á regresar á su patria (1).

Pero el welfo y sus aliados encontraron en el joven gobernante del reino una resistencia tan enérgica como la que habían encontrado en el emperador. Enrique atacó tan resuelta como prudentemente á los rebeldes, protegido por todos los que tenían algo que perder con la restauración de los Welfos, especialmente por el arzobispo de Colonia, marchando rápidamente sobre Sajonia al frente de su ejército; Brunswick fué sitiada, pero á pesar de que las tropas de Colonia devastaron sus alrededores sostúvose enérgicamente. La victoria conseguida por Adolfo III de Schauenburgo en Lubeck contuvo los progresos de los Welfos. Esto no obstante, la guerra se hizo sumamente pesada en aquel momento á Enrique VI, pues la noticia de la muerte de Guillermo II de Sicilia le llamaba hácia aquellos lejanos territorios del Sur, donde tenía que sostener sus derechos á la corona normanda. Enrique el Leon deseaba también un

(1) Toeche: *El emperador Enrique VI*, Leipzig, 1867.

armisticio, pues se había encontrado con mayor resistencia de la que esperaba, y la probable marcha del rey á Italia le ofrecía quizás una ocasión mas favorable para intentar una restauración. Por eso, mediante la intervención de los arzobispos de Colonia y de Maguncia, en el verano de 1190 se firmó la paz en Fulda. Convínose en que se derribarían las murallas de las plazas fuertes welfas de Lanenburgo y de



Relieve en piedra del emperador Federico Barbaroja (crucero del convento de San Zenon, en Baviera, 1170-90)

Brunswick, y en que Enrique y Lotario, hijos de Enrique el Leon, serían entregados como rehenes al monarca. La única ventaja que con esta paz obtuvo el welfo consistió en que le dejaran la mitad de las rentas que producía Lubeck. Su cómplice principal, el intrigante arzobispo Hartwich II de Bremen, fué mas duramente castigado, pues perdió su cargo y tuvo que salir desterrado dirigiéndose á Inglaterra, cuyo rey era el centro de la oposición, cada vez mas extensa, contra el gran poderío de los Staufen.

El porvenir de estos estaba en Sicilia, cuya conquista se